

GURT, J. M.; RIPOLL, G. (eds.), con la colaboración de Alexandra Chavarría, *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2000, 620 páginas con figuras y láminas en blanco y negro.

La obra colectiva que acaba de aparecer publicada debe su origen a las discusiones que se suscitaron en el ámbito del proyecto *The Transformation of the Roman World*, proyecto de investigación de la *European Science Foundation* en el que participaron buena parte de los investigadores que escriben en el volumen. La deuda queda claramente expresada en el primer capítulo, de tipo sintético y general, a cargo de J.H.W.G. Liebeschuetz. El marco cronológico es el comprendido entre los años 400 y 800, es decir incluye los procesos de creación y consolidación de los reinos germánicos en Europa occidental hasta el año simbólico en el que Carlomagno es proclamado Emperador por el Papa León III. El período elegido es enormemente complejo por la vertiginosa sucesión de acontecimientos históricos, así como por la importancia que estos revisten en la comprensión del tránsito del modelo romano, basado en un estado universal, al modelo medieval de reinos independientes. Es además un período que ha atraído la atención de los historiadores en los últimos años de una forma especial, dando lugar a importantes cambios en las interpretaciones tradicionales. La obra que analizamos aspira a hacerse eco de ello y a ponerlo al alcance del investigador.

*Sedes regiae* es un ensayo de topografía y funcionalidad de las ciudades que fueron sede de los reyes germánicos o reducto del poder imperial y lo primero que parece necesario destacar es la dificultad del estudio, inherente a la documentación con que cuenta para sus objetivos. Las fuentes escritas de la época oscilan entre el catastrofismo, con frecuencia interesado o al menos condicionado por el punto de vista del autor, y la exaltación laudatoria partidista o interpretable como mero *topos* literario. Para ajustar la realidad histórica, la crítica actual ha tenido que valorarlas en su contexto. Por otro lado, la documentación arqueológica también presenta serias dificultades interpretativas, ya que el material cerámico es muchas veces difícil de datar con la precisión que la secuencia histórica exige y las estructuras arquitectónicas han pasado con frecuencia desapercibidas o han sido mal comprendidas cuando no

directamente ignoradas hasta hace muy poco tiempo. La síntesis de ambos tipos de documentación es además un proceso difícil como consecuencia de su diferente ritmo histórico. Los acontecimientos políticos se suceden con enorme rapidez, las ciudades pasan de una órbita política a otra, las cortes reales se trasladan según las circunstancias y los distintos estados alternan su dominio en un mismo territorio en lapsos de tiempo cortos como consecuencia de acontecimientos militares. En contraste la arqueología lo que detecta son procesos largos, de transformación paulatina de la ciudad romana tardía hacia la ciudad altomedieval. Es necesario por tanto conjugar el tiempo corto de los acontecimientos históricos con el tiempo largo de transformaciones que detecta la arqueología. Las fuentes literarias y arqueológicas llegan sin embargo a encontrarse, especialmente cuando tenemos textos escritos que nos hablan de la existencia, construcción o dedicación de palacios, iglesias y *martyria* contrastable con los restos detectados por la arqueología, aunque no siempre es fácil relacionar los restos arqueológicos con los edificios mencionados por las fuentes escritas.

La mayoría de los reinos que tienen su origen en la descomposición del Imperio Romano de occidente son de corta duración, lo que hace difícil analizar los esquemas de organización del poder, entre ellos la elección de una capital o residencia real. El reino vándalo del norte de Africa, iniciado en el 429, es conquistado por Belisario en el 534, lo que lo convierte en un experimento frustrado y difícil de valorar. Lo mismo ocurre con el reino ostrogodo de Italia inaugurado por Teodorico y desaparecido al poco de su muerte por la conquista de Italia por los ejércitos de Justiniano en el 553. A su vez la geografía del poder bizantino en Italia apenas tienen tiempo de consolidarse ante la arremetida de los longobardos que crean a su vez un reino que apenas sobrepasa el siglo de duración. Igualmente el reino burgundio no alcanza las tres generaciones, extendiéndose entre el año 443 y el 534, cuando es destruido por los francos. El reino suevo nace a principios del siglo V pero es abortado por Leovigildo en el 585. De todos estos nuevos reinos nacidos de la convulsión de las invasiones, sólo los reinos franco y visigodo mantienen una estabilidad mínima y de ambos sólo el segundo establece una capital estable. *Sedes regiae* es por tanto, en gran medida, la crónica de un conjunto de empresas frustradas, pero la imagen que se desprende del

período analizado es pese a ello de enorme dinamismo y de clara voluntad organizativa. Con todos los matices que se quiera, la organización y estructura de las capitales responde a unas reglas comunes, con excepciones muy concretas entre las que se encuentran Germania y Britania.

Las *sedes regiae* analizadas son todas ellas ciudades romanas pero esto no debe hacernos olvidar que estamos ante urbes con muy diferentes puntos de partida: Roma, Milán, Rávena, Pavía, Toulouse, Lyon, Toledo... son todas capitales en distintos momentos y algunas se mantienen con éxito a lo largo del período analizado, pero son muy diferentes en su tamaño y en la importancia de sus infraestructuras. Valorar su evolución es en gran medida tarea de la arqueología pero la documentación no siempre lo permite. Por ejemplo, en Cartago, estudiado por A. Ben Aded y N. Duval, las misiones internacionales de excavaciones de los últimos años no han podido determinar la datación exacta de mosaicos y estructuras de vivienda que podrían corresponder a época vándala, lo que supondría una continuidad con la ocupación romana bastante alta. Una cierta continuidad parece en todo caso garantizada, ya que el acueducto está en uso cuando la conquista de Belisario, los puertos permanecen operativos y las murallas en pie, aunque al parecer en mal estado.

En cualquier caso los hallazgos arqueológicos han sido importantes en los últimos años y *Sedes regiae* los recoge y confronta entre sí, aportando una visión global que mejora nuestra perspectiva. En Roma, estudiada por P. Delogu, las excavaciones más recientes muestran efectivamente una degradación urbana a partir del siglo V. Hay una rarefacción del hábitat en los barrios periféricos, se encuentran enterramientos *intra muros*, degeneran los espacios públicos y hay una reducción de las mercancías importadas. Sin embargo es una degradación urbana controlada en una cierta medida. Las tumbas están en edificios públicos abandonados (termas, almacenes, letrinas...) y asociadas a iglesias. El callejero se respeta, aunque se construyen nuevas calles con suelos de tierra pisada, como la que rompe la estructura de la *Porticus Minucia* en el siglo V. El Foro está libre de escombros hasta la época carolingia. El comercio ha sufrido una seria contracción, si bien las excavaciones de la *Crypta Balbi* revelan la presencia de materiales de importación en el siglo VII. En Toulouse el estudio de J. Guyon recoge los importantes avances experimentados en la

topografía de la ciudad en los últimos años, destacando el mantenimiento de la red de calles al menos hasta finales del siglo VI. El Capitolio se desmonta hacia el 400 pero el pavimento de la plaza pública se mantiene y repara. Las iglesias de Saint Sernin y Saint-Pierre-des-Cuisines existen antes de la ocupación visigoda pero lo más destacable lo constituyen los restos de l'hôpital Larrey, localizado junto a la muralla en el interior de la ciudad. Aunque difícil de datar y de interpretar lo más probable es que se trate de una residencia real del siglo V, al que se asocia posiblemente una capilla palatina identificable con los restos de Notre-Dame de la Daurade, iglesia hoy desaparecida pero que se conoce gracias a planos de 1727. Lyon, y Ginebra, capitales burgundias, son estudiadas por Ch. Bonnet y J.-F. Reynaud. En ellas hay que destacar la continuidad de las estructuras urbanísticas con respecto a las del período romano. La estructura de la Lyon tardía nace en el siglo III con una ocupación en la orilla del Saona donde se instalará el grupo episcopal de los siglos IV y V, que se complementa con la ocupación del interfluvio y el barrio de la colina con las iglesias de Saint-Just y Saint-Irénée con función funeraria. En Ginebra encontramos una estructura bipartita. La Ville-Basse tiene iglesia y baptisterio hacia el 380 y algunos decenios después se construye en la Ville-Haute un grupo episcopal con dos iglesias catedrales accesibles por un *atrium* con un baptisterio en lugar central, todo ello previo a la ocupación burgundia. Cuando la ciudad se convierte en capital se ampliará la catedral norte y se renovará el baptisterio, con materiales lujosos que incluyen estucos, mosaicos y placas de mármol. El estudio de las capitales longobardas corre a cargo de G.P. Brogiolo. De ellas la que dispone de información más completa es Pavía. En la primera mitad del siglo VII cuenta con una triple estructura basada en la catedral arriana, el palacio real y la necrópolis *ad perticas*. El palacio real había sido construido por Teodorico y contaba con un *uiridarium* que existía todavía en el 915. A mediados del siglo VII, con Ariperto I se crea un mausoleo dinástico estable que consolida a Pavía como sede real, la iglesia suburbana de San Salvatore, junto a la puerta de Marengo. En Milán, que había sido capital imperial y sede regia longobarda, contrasta la cierta riqueza del evergetismo real, ejemplificada en la refacción de la cubierta de la basílica de San Simpliciano, con la pobreza que se observa en la Piazza del Duomo, con edificios de madera en la segunda mitad del siglo VI

y clara ruralización en el siglo siguiente. *Barcino* es analizada por J.M. Gurt y C. Godoy. Como en otros casos detectamos que los cambios significativos se inician ya antes del período visigodo. La ciudad repara sus murallas a finales del siglo IV, con reutilización de elementos de las necrópolis altoimperiales pero las *domus* se mantienen en lo esencial en los siglos IV y V (destacando como ejemplo la aparecida recientemente en la calle Bisbe Caçador) y el foro está intacto hasta el siglo VI. Las transformaciones importantes son del VI y VII. Las *domus* se transforman en pequeños espacios de hábitat, se saquea el foro para reutilizar el material constructivo y se desarrolla un *suburbium*. El panorama de Barcelona se completa con el análisis del grupo episcopal a cargo de Ch. Bonnet y J. Beltrán. Los primeros restos del palacio episcopal son del siglo V aunque existe ya el baptisterio y probablemente una catedral. Las transformaciones de los siglos VI y VII contribuirán a dotarle de un carácter más monumental, aumentando su tamaño y añadiendo una iglesia a la ya existente catedral. Mérida es otra ciudad en la que los descubrimientos arqueológicos de los últimos tiempos han contribuido a dibujar la topografía del período visigodo. P. Mateos presenta los resultados de las excavaciones en el edificio martirial de Santa Eulalia, del siglo IV al que se añade en la segunda mitad del siglo V una basílica paleocristiana que lo engloba en su interior. A finales del siglo VI el conjunto continuará su evolución con la construcción de dos monasterios y un *xenodochium*. Monumentalización de espacios religiosos y alteración del espacio heredado de Roma son los rasgos que se repiten, una vez más, en Mérida. En la primera mitad del siglo V se producen importantes destrucciones relacionables con el ataque a la ciudad de Heremegario mencionado por Hidacio. La reconstrucción mantiene el trazado urbano, pero las *domus* dejan lugar a casas de pequeño tamaño que usan el peristilo como patio de vecinos. *Carthago Spartaria*, Cartagena, es estudiada por S. Ramallo quien excavó los espectaculares restos del barrio bizantino construido sobre la *cauea* del teatro. Los últimos hallazgos en la ciudad demuestran una vez más que el proceso de cambios en la estructura urbana arranca de fases anteriores a la descomposición del Imperio. En el foro un edificio se destruye a mediados del siglo II y no se reconstruye. En el siglo III un *collegium augustalis* se destruye y no se repara y uno de los *decumani* urbanos se colmata con una capa de cenizas y escombros. La

ocupación bizantina apenas se conocía en la ciudad hasta hace poco, siendo el único testimonio la célebre inscripción de *Comenciolus*. La excavación del teatro cambia la imagen de una ocupación testimonial por la de una ciudad dinámicamente activa y conectada con oriente: a mediados del VI o un poco después el teatro es amortizado para construir un barrio comercial que ha proporcionado un abundante material cerámico de importación.

El panorama arqueológico que permite una aproximación a la evolución de las estructuras urbanas se complementa con los análisis de los datos históricos que permiten comprender el proceso de nacimiento y desarrollo de las *sedes regiae*. En general en todos los casos se asiste a una vacilación o desinterés por parte de los reyes a la hora de elegir capital estable, especialmente en las fases iniciales. El poder residía allí donde estaba el rey, el cual fijaba su residencia según las circunstancias políticas, los intereses estratégicos o los vínculos familiares. Esto es válido incluso para el reino que contó con la capital más estable, el visigodo. El proceso es analizado por G. Ripoll poniendo de relieve los intereses estratégicos que se van desarrollando en la elección de las sucesivas capitales. Esta autora junto con I. Velázquez se ciñen en otro capítulo al caso específico y emblemático de *Toletum*, destacando cómo los intereses regioles llevaron a emplazar aquí la sede del poder visigodo para un mejor control de la Península y en oposición al intento de dominio bizantino desde *Carthago Noua*. Los aspectos formales de la capital visigoda nos son casi desconocidos, pero según las autoras conviene no minimizar la importancia de la ciudad romana que heredan los visigodos ya que puede deberse más a un problema de falta de documentación arqueológica que a una supuesta escasa importancia de la ciudad. En cualquier caso las fuentes permiten restituir una estructura organizativa basada en tres espacios fundamentales: la catedral dedicada a Santa María, la iglesia áulica asociada al palacio y la iglesia martirial.

P. C. Díaz analiza la estructura de poder del reino suevo, en la que la capitalidad de *Braccara* será en realidad una elección tardía y en cierto modo forzada por los acontecimientos, ya que el empuje visigodo acabará por alejar a los suevos de ciudades como *Emerita Augusta*, hacia donde se habían dirigido en las fases iniciales de la ocupación. *Braccara* apenas llegará a nacer como capital pues el proceso fue abortado por Leovigildo en el 585. La estructura de poder del reino

merovingio es analizada por Dierkens y Périn y si el reino visigodo ilustra el desarrollo de una sede regia permanente, el reino merovingio ejemplifica justo lo contrario. Sin embargo el carácter itinerante de la corte no debe llevar a despreciar el papel de las ciudades en la estructura del poder. Childerico tendrá su corte en Tournai, Clodoveo en París. La partición del 511 introducirá en el juego a Reims, Orleans, París y Soissons.

En general es posible dibujar unas líneas mínimas comunes para la parte occidental del Imperio pero quedan fuera de este esquema Germania y Britania. W. Pohl analiza el caso de Germania poniendo de relieve la falta de tradición urbana de estos pueblos. Britania es estudiada por Loseby quien destaca que los anglosajones no usan en los siglos V y VI las ciudades romanas como sede de su poder ni protegen una iglesia de tipo aristocrático e influyente. La organización es diferente al resto de reinos de Europa occidental, con un esquema basado en *regiones* de las que extraen los recursos del poder.

Dejamos para el final los capítulos que abren el libro y que se ocupan de la parte oriental del Imperio, un mundo que ha emprendido un camino distinto pero que es el espejo en el que se miran los reinos germánicos de occidente. J. Arce se ocupa de la fundación de ciudades en la parte oriental del Imperio entre Diocleciano y Justiniano. Aunque no se trata de auténticas fundaciones, sino de cambios de nombre acompañados de una modificación de estatuto jurídico, el empeño manifiesta el deseo de mantener viva la tradición clásica del emperador como constructor de ciudades. Los reyes germanos lo imitarán y así el vándalo Unerico dará a Susa (Túnez) el nombre *Unericopolis*, Teodorico fundará *Theorodipolis* en *Raetia* y Leovigildo fundará *Recopolis* no lejos de Toledo. B. Ward Perkins se ocupa del Constantinopla en los siglos V y VI, destacando su rápido desarrollo como capital y los importantes recursos que ofrecía su topografía para la escenografía del poder imperial. Rávena, la referencia de oriente en Italia, es analizada por S. Gelichi, que destaca las excelentes condiciones de base para su éxito en los siglos V y VI, al haber sido base del poder imperial y puerto clave para la flota. Centro de poder con Teodorico, base bizantina en Italia y ciudad deseada por los longobardos, Rávena presenta un esplendor que iniciará su declive a partir de la muerte de Justiniano.

Como conclusión queremos destacar dos aspectos esenciales que aparecen repetidamente en *Sedes*

*regiae*. El primero se refiere a la forma material de la ciudad, a su topografía y organización paisajística. Los análisis coinciden y lo que aisladamente podría interpretarse como puramente casual cobra valor de modelo cuando se observa su recurrencia. La ciudad de los reinos germánicos asume la herencia de la ciudad romana, pero construye inmediatamente algo muy diferente. De la ciudad romana mantiene la red de calles y las murallas, pero al mismo tiempo inicia la demolición sistemática de aquellas construcciones, espacios forenses y edificios de espectáculos, a las que no da utilidad. La ciudad nueva se caracteriza por la edificación de iglesias tanto *intra muros* como en los suburbios, algunos de los cuales inician ahora su desarrollo. Las iglesias van acompañadas de enterramientos lo que hace que encontremos necrópolis en pleno casco urbano, lo que no puede interpretarse como una degradación de la ciudad. Los centros de poder se repiten. Aunque las residencias reales nos son casi desconocidas, tenemos en cambio bien representados los conjuntos episcopales con palacio y catedral donde se aprecian signos de una cierta riqueza material, algo que no ocurre con la vivienda particular que se reduce en tamaño y pierde el papel de representación que tenía en el período romano.

La segunda conclusión a destacar se refiere a la compleja función que juega la capital en los reinos germánicos. Los monarcas vacilan entre seguir la tradición germánica en la que no se contempla la existencia de un centro capital permanente y la tradición política romana que hace de estos centros de poder un aspecto esencial de la organización del espacio. Probablemente de haber tenido ocasión de desarrollarse, la mayoría de los pueblos germánicos hubieran acabado por desarrollar un centro principal, pero los procesos quedaron interrumpidos por los avatares históricos. En cualquier caso lo que siempre queda claro es que la elección del lugar de residencia real no es un asunto menor dentro de la política y de la concepción del espacio y que en la elección de la sede influyen fuerzas poderosas como la estrategia de conquista o de consolidación de un territorio, las alianzas personales y los vínculos familiares, la pujanza y el buen estado de la ciudad elegida como centro y también, y no en menor medida, razones de tipo ideológico como el peso y significación de la ciudad en el período romano.

Enrique Ariño Gil